sas, es un dato real—tan real como un hecho externo—sin el que no cabe explicarse la ciencia presente.

En cuanto al factor de orgullo que hay en ese desprecio de la erudición, fácilmente se advierte. Rechazar por inútil el saber ajeno ú ocultarlo sistemáticamente cuando se tiene, quiere decir que se le estima en poco, que se considera muy superior el fruto original de la propia inteligencia y que se revierte al racionalismo puro de los revolucionarios de otros tiempos, que creían poder pasarse de la tradición, de los precedentes, de lo histórico, para construir un mundo nuevo, enteramente nuevo, con el solo esfuerzo de la razón individual. Cierto es el valor de ésta en la obra científica. Si todos fuésemos tan sólo repetidores de lo que se pensó antes que nosotros, no habría lo que llamamos progreso; pero los que defienden *la erudición* no tratan de desconocer el papel necesario y fructífero de la originalidad racional: tratan, únicamente, de reducirla á su propio campo, y de reivindicar la función esencial de ese otro factor de la vida científica, asiento inexcusable de todos los demás.

El periodismo literario

Muchos vacíos tiene aún nuestro periodismo. Uno de ellos es el de la sección literaria. Entendámonos.

Aunque el periódico ha sufrido recientemente una crisis muy honda en punto á sus caracteres, ya invadiendo el campo propio de la revista, ya evitando el sentido doctrinal y renunciando á ser órgano de la opinión ó representante cerrado de un partido político, para limitarse á la función puramente informativa sensacional, no cabe duda que sus transformaciones tienen un límite infranqueable, á saber: la condición esencial del periódico mismo, que éste no puede perder sin condenarse á muerte como género literario. Esa condición es, para mí, *la noticia*. El periódico sirve, ante todo, para enterarnos diariamente, con toda la rapidez y exactitud posibles, de lo que ocurre en el mundo. Es, en este sentido, la fuente más inmediata de conocimiento de la historia presente, de la que está produciéndose á cada instante, teniéndonos por espectadores y aun como actores directos. Así lo han entendido algunas universidades norteamericanas, en cuyas bibliotecas históricas existe una sección formada

exclusivamente por recortes de los periódicos, clasificados por asuntos; y también lo entendió así el gran Spencer, cuyo material sociológico han nutrido más de una vez los telegramas y las informaciones reporteriles de los diarios ingleses. El que esta fuente sea insegura y necesite una rigurosa comprobación, no le quita su cualidad: lo mismo se ve obligada á hacer la crítica con las otras fuentes de la historia pasada, abundantes también en *canards* y exageraciones. Tampoco la modifica el hecho de comentar lo sucedido, aunque sea en la forma de un «artículo de fondo». Los narradores de sucesos pasados comentaban igualmente, y el crítico sabe bien cómo ha de descontar, del testimonio, lo que es pura opinión del que narra. Esto, aparte de que todo artículo doctrinal es también una noticia, necesaria para reconstruir el estado de opinión de un grupo más ó menos numeroso de personas, que quizá influyen hondamente en el movimiento histórico de un país ó en la solución de un asunto determinado.

Esa misma condición esencial á que vengo refiriéndome, traza el campo propio del noticierismo, señalándole su límite inferior y las líneas de su horizonte más amplio. Ella condena esas minucias insubstanciales en que suele perderse el reporterismo indiscreto, y el error frecuente de conceder importancia á cosas que no la tienen sino para el chismorreo de las comadres del barrio á que se refiere la información.

Noticia que no responda á un legítimo interés general, ya del mundo entero, ya de una nación sola, ya de una localidad determinada ó de una agrupación corporativa de hombres, es noticia que debe suprimirse ú ocupar el menor espacio posible en el periódico. A medida que crece el público

á quien puede importar la cosa, crece el valor y la utilidad de su información; y así va siendo ya una costumbre en muchos diarios, la publicación constante de los horarios de ferrocarriles, correos, etcétera, de la localidad, que á todos puede convenir saber en un momento dado, sin grandes investigaciones.

La sección literaria tiene, para formar parte del programa de los periódicos, el derecho de su utilidad. Indudablemente, no interesará su contenido á *todos* los lectores, aunque debiera interesarles; pero lo mismo ocurre con los telegramas de la Bolsa, y sin embargo, ningún periódico prescinde de ellos. No se tendrá por exagerado decir que hay más gentes para quienes la literatura *(latu sensu)* significa ó puede significar algo en la vida, que tenedores de papel y jugadores de Bolsa. Pero la sección literaria suele entenderse muy estrechamente. Se cree que con publicar un folletín, algún que otro cuento indígena ó traducido, quizá una hoja dominguera de *colaboración*, dar cuenta de los estrenos teatrales é insertar de vez en cuando sueltos de *bibliografía* (redactados, muy á menudo, por los editores, ó reducidos al sumario de la revista ó al índice del libro), ya está cubierta la necesidad. Nada de eso. Lo propiamente *periodístico* de la sección referida es la información de los sucesos literarios del mundo. No sólo tienen á ella derecho los lectores aficionados y profesionales, sino la totalidad de los del periódico, á quienes (lo deseen ó no, de momento) se les prestaría así un servicio cuya utilidad recogerán más tarde ó más temprano.

Esa información debería comprender todos los *hechos* de la vida literaria importantes, ya por su valor propio, ya por las circunstancias de *actuali-*

dad: acontecimientos teatrales, conferencias de ateneos y centros de cultura, cursos universitarios, artículos salientes de las revistas, publicaciones de libros de interés general ó de gran mérito, necrologías de escritores... todo al día, perseguido con el mismo afán con que se persigue (con más afán, debiera decir) la noticia del suicidio, del escándalo del Ayuntamiento, de la llegada del cacique, de la fuga de presos, de todas esas minucias de la vida diaria, política y social... ó de la vanidad de las gentes que buscan interviús y sufren si, un día sí y otro también, los periódicos no dicen algo de ellas.

Digo que la noticia de los hechos literarios debería *perseguirse* como cualquier otra información, por lo menos, porque la práctica general en la prensa es que no se diga una palabra de los libros que *no se envían* á la redacción (así sean del escritor más grande del mundo), y que se espere, para dar cuenta de otros hechos, á que los interesados ó personas allegadas (el secretario del ateneo, casino ó lo que fuere) remitan un sueltecito que, más que noticia, es casi siempre un *bombo*. No se concibe que un repórter que va á los ministerios, á la alcaldía, al juzgado, al cementerio inclusive, vaya á las librerías para enterarse de las últimas novedades; á los centros de enseñanza, para hacerse eco de su actividad, de las cosas útiles que pueden ofrecer al público, de los defectos que en ellos se notan; á casa de los literatos, para saber qué libro preparan ó que piensan del suceso del día que se refiere á su profesión; á la de los editores, para averiguar, con datos numéricos, las aficiones dominantes en el público, las empresas acometidas ó que se van á plantear; á todos los sitios, en fin, donde se

producen los mil hechos de la vida intelectual literaria, que importan como signos de un aspecto de la vida colectiva. Claro es que si nada de esto se concibe como labor común y corriente, menos se podrá concebir la posibilidad de que el *suceso* del día por excelencia sea, alguna vez, del género literario y que el artículo de fondo, en vez de hablar de política, hable del libro, ó del artículo, ó de la conferencia de don Fulano de Tal. Y sin embargo, eso puede ocurrir realmente. La publicación de una novela de Galdós, de un volumen de *Estudios* de Menéndez y Pelayo, pueden representar para la vida nacional (incluso en sus relaciones con otros países) más que los discursos y cabildeos del político A ó B. Y si es así, ¿por qué no ha de hablarse de ello en el lugar preferente del periódico? Haciéndolo, no sólo se cumpliría con una ley del reporterismo—que es la de la proporción ó perspectiva de los hechos—, sino que se produciría una acción de cultura de que está harto necesitado nuestro público.

De intento he callado lo referente á la crítica. Hay críticos que son á la vez periodistas, sin que pierda nada su altísima *misión*. Ixart y *Clarín* fueron de esos. Pero la mayoría de ellos no son así, y se comprende. La crítica es, esencialmente, otra cosa, una función aparte: didáctica, en cuanto el crítico, por su cultura especial y por su gusto depurado, puede educar el gusto de los otros y guiarles en sus lecturas; literaria en cuanto, aparte ese influjo de autoridad (á veces muy dudoso), lo que más importa en la crítica no es el *juicio* de la obra, sino lo que acerca de ella se le ocurre á un hombre de talento, de ingenio, que *hace* arte con motivo de una obra ajena. De *l'esprit sur les lois*, como se dijo de Montesquieu. Por eso la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEX

crítica no impide el reporterismo literario, ni debe confundirse con él. A un revistero de teatros no se le debe exigir que escriba, pocas horas después del estreno (y por lo común, ni aun *muchas* horas después), un artículo *crítico*, y los grandes diarios extranjeros donde estas funciones están divididas, lo han entendido así perfectamente. Un periódico puede no tener crítico, no le es indispensable; pero necesita de todo punto un noticiero que sepa referir los hechos... y no se meta en camisa de once varas.

No quiere decir esto que el noticierismo literario haya de ser cosa insubstancial y puramente exterior. Sin llegar á la crítica, cabe en él mucho arte, mucha altura; y si los literatos profesionales tuviesen aquí, como tienen en otros países, el sentido de lo periodístico y el conocimiento del público á que el periódico se dirige, podrían hacer mucho en este sentido. La información se elevaría notablemente, y su utilidad sería cada vez mayor.

Pero estas consideraciones se van prolongando desmesuradamente. Hago punto aquí, creyendo que lo dicho basta para dar la medida de todo lo que pudiera decirse sobre la materia. Ahora, compare el lector ese *desideratum* con lo que suelen hacer nuestros periódicos, y sacará esta doble consecuencia: lo imperfecto del periodismo literario español y el valor que tienen las excepciones representadas por algunos diarios que han intentado llenar este enorme vacío.

Absurdos de preceptiva

A pesar de los dos grandes movimientos saneadores de la literatura que registra el siglo XIX —el romanticismo y el realismo naturalista—, aun quedan rezagos de la preceptiva neoclásica, famosa por las unidades teatrales. La fuerza de la tradición, de la herencia, que sigue moviendo la actividad inconsciente de individuos y pueblos, es bastante poderosa para arrastrar todavía á muchos críticos, de los que exteriormente parecen ganados por la cultura y el sentido estético modernos. Y lo más curioso del caso es que, tanto el romanticismo como el naturalismo, no obstante su propósito libertador, llevan en sí, y los defienden con argumentos nuevos, algunos de los absurdos de la preceptiva que quisieron aniquilar. Tal sucede, verbigracia, con la unidad de los caracteres y la verosimilitud de la acción.

Contra la unidad de los caracteres—los hombres de una pieza, rigurosamente lógicos en todos sus pensamientos y actos, inflexibles, tiesos, sin una duda, sin una contradicción, sin un desfallecimiento de la voluntad—, han predicado mucho las escuelas realistas. Como si no. Los mismos críticos que tienen la experiencia constante de las

flaquezas, de las contradicciones del espíritu humano, en el círculo de sus amistades, de su familia, en su vida propia muchas veces, en cuanto se trata de un libro olvidan la realidad, y piden á los autores que hagan proceder á sus personajes en línea recta, convirtiendo cada uno de ellos en «un carácter», como se dice vulgarmente: lo cual equivale á pedir lo que sólo muy rara vez se encuentra en la vida, lo que estamos solicitando por el amor de Dios hace medio siglo para la dirección de la cosa pública, sin que todavía hayamos podido encontrarlo.

Este olvido de lo que se sabe del mundo en cuanto se trata de juzgar la literatura, muestra dos cosas: que el divorcio entre las actividades intelectuales y la vida real persiste, no obstante las pretensiones realistas de la educación moderna, produciendo el efecto de hacer ver como cosas distintas, regidas por leyes también distintas, la conducta humana y su expresión por medio de la literatura, y que los críticos no cuidan bastante de contrarrestar ese influjo enorme de la tradición literaria con un estudio sostenido de la psicología, es decir, con un factor también intelectual, que desarraigue el hábito de pensar abstracto que acompaña á la observación y el juicio de las obras artísticas. Si los críticos, ya que no reflexionen bastante sobre la experiencia diaria, supiesen más psicología de la que suelen saber, no lanzarían gritos de asombro y de indignación cuando un novelista ó un dramaturgo honrado, sincero, hace que sus personajes se muevan como hombres, no como tratados de lógica con figura humana, y dejan que reflejen la ondulación incesante de la inteligencia, del sentimiento, de la voluntad, que es el pan nuestro de cada día. Si estudiasen, en vez

de escribir «lo primero que les salta á la mollera», como decían los románticos, ó mejor, lo que les dicta (sin que ellos se den cuenta) el fondo hereditario y primitivo de estados de civilización sobrepujados hoy por la humanidad culta, sabrían que, aun en aspectos muy determinados del carácter, hay á menudo contradicciones naturalísimas; sabrían, verbigracia, que un hombre *valiente* no suele serlo en todos los órdenes de la vida, sino que, las más de las veces, somos valientes para unas cosas y cobardes para otras, y aun que somos lo uno y lo otro según los momentos y la disposición del espíritu. La historia y los archivos de la psicología experimental, están llenos de ejemplos de esta clase. Y sin embargo, ¡ay del malaconsejado escritor que se atreviera á presentar un tipo de valiente que, una sola vez siquiera, se condujese como cobarde!

Lo mismo es en todo. La inalterabilidad legendaria de Pi y Margall sigue siendo para muchos, no sólo lo apetecible, sino la representación del tipo humano que la literatura debe reflejar con exclusión de todo otro. No les cabe en la cabeza que, sinceramente, se pueda cambiar de conducta, de pensamiento, ó que se viva en contradicción perpetua entre la idea y la acción. Las enfermedades de la voluntad—cosa vieja en psicología—son desconocidas para la crítica á que me refiero.

Cosa análoga sucede con el principio de la verosimilitud. La repugnancia natural á los absurdos é invenciones cuando el literato pretende reflejar la psicología y las costumbres de su tiempo ó del pasado (no cuando usa, con todo derecho y con toda conciencia, de la libertad artística que muchos grandes escritores han usado), se interpreta estrechamente, juzgando de la verosimilitud

de una acción por la experiencia limitada del que juzga. Recuerdo á este propósito que, hace algunos años, un literato, ya fallecido, escribió una novela en que había su correspondiente adulterio. Como por entonces regía el naturalismo más riguroso, el autor procuró documentarse bien, y quizá no se limitó á documentos ajenos.

La novela, medianilla como arte, como realismo era un dechado. El mismo autor no vacilaba en señalar por sus nombres á los personajes y hasta juraba (y no creo que mintiese) que las cartas que de vez en cuando figuraban en la narración eran auténticas, *ce* por *be*. Pues bien; al poco tiempo, recibió una crítica de un colega provinciano en que éste, á vueltas de muchos elogios de la obra, se pasmaba del refinamiento inmoral de la protagonista, diciendo que mujeres tales debían ser fruto de la sociedad madrileña, porque lo que es en su pueblo no se criaban así. Y el autor, después de leerme la crítica, añadió sonriendo:

—¡Ahí tiene usted lo que son los juicios humanos! La *modelo* de mi protagonista es paisana de este señor, quien por lo visto, conoce poco el paño femenino de su tierra.

Casos así los hay todos los días. Muchachos que apenas han comenzado á ver mundo, deciden de la verosimilitud de una obra de arte tan sólo porque aquello que allí se cuenta «no está en su libro», es decir, á ellos no les ha pasado nunca, ni han visto que le pasase á ninguno de sus amigos. Y lo mismo ocurre con la pintura de costumbres locales, de paisajes, etc. Todo lo que sale de la esfera experimental limitada del crítico, no sólo es sospechoso, sino falso; así, en redondo.

Y mientras tanto, los que procuran nutrir su experiencia con una atención constante á la realidad, y salen de su rincón, y estudian á los hombres, y se rozan con todos, saben bien que el alma humana está llena de sorpresas, que no se puede juzgar á los demás por lo que es uno mismo, y que la vida será siempre más variada, sorprendente y original, que la misma «loca de la casa», reina del Arte.

FIN